

Es difícil dar una explicación completa de todo lo que ocurrió.

Cuando se abrió el abismo, la vida para Santiago Marchena era algo bastante simple. Estaba en un único plano de realidad, como en una larga e invariable línea recta. O casi recta. Tal vez con alguna oscilación, algún pliegue; nada demasiado importante en general: los pequeños éxitos del día a día, las frustraciones habituales por el más mínimo revés; en el fondo, el sinfín de rutinas y protocolos absurdos en que se enreda la gente corriente...

Sí, se podía decir que su vida era una línea recta aburridamente previsible. Pero con la comodidad de ir en una única dirección. Con un principio y un fin anodino, sin grandes cambios.

¿Cómo podía saber él, entonces, que en torno a esa línea aburrida y previsible había otras líneas, también rectas, o quizá quebradas, o curvas, conteniendo vidas tan poco interesantes como la suya, otros planos de realidad, mundos invisibles girando y girando en espiral, apenas a un paso de ella, que de aproximarse un milímetro y rozarla podían cambiar su existencia para siempre?

Recapacitando sobre eso, Marchena destapó aquella mañana, muchos días después, el tintero de porcelana azul que tenía delante. Muy despacio, empapó su elegante pluma y se puso a recordar la tragedia vivida junto a sus compañeros en el interior de la cueva.

Por unos momentos, el joven ingeniero dudó antes de empezar a escribir. Miró la punta de la pluma. El tintero. El papel secante. Todavía hoy, no muchos, sino muchísimos días después, seguía sin poder explicarse qué hizo, en verdad, que levantó la cabeza del ordenador y viese cómo Santamaría le iba a pedir un análisis tectónico nuevo. Tal vez así —ahora que lo pensaba—, retrayendo ese instante mismo, examinando con minuciosidad qué es lo que realmente ocurrió, consiguiera echar hacia atrás todo, borrarlo, que aquella opresión horrorosa no le continuase atormentando noche tras noche...

En su memoria, la pantalla aún no había elaborado el informe sísmico —de eso estaba seguro—, sin embargo él se quitó los auriculares y se acercó a su jefe. Lo más probable es que de seguir estudiando el análisis anterior hubiera previsto el deslizamiento de la placa que se disponían a perforar, las ondas congeladas en el monitor en torno al epicentro, el origen del nefasto temblor de tierra...

Pero no lo hizo. Y ahora, tristemente, daba igual. Puesto que en el momento que iba a guardarse el móvil en el mono naranja y mostrarle las horas extraordinarias de los operarios, para que Santamaría también, como responsable de turno, las visase, sintió el avance del terremoto a lo largo del túnel. La vibración del suelo. De pronto los apuntalamientos verticales oscilaron y, con un crujido enorme, se le empezaron a venir encima.

—¡¡¡Cuidado!!! —Santamaría reaccionó a tiempo y, de un codazo, lo echó contra uno de los volquetes.

Aquella parte del techo se venció con un estruendo terrible sobre el equipo de excavación. Nubes de polvo. Explosiones. Todo pareció desaparecer. Sin darles tiempo a prepararse ni a avisar siquiera, los que no fueron sepultados por los cascotes quedaron incomunicados con el resto del túnel.

Transcurridos unos momentos, Marchena temió lo peor. La alarma se puso a sonar, pero al poco enmudeció bruscamente. Casi a oscuras, apenas se hubo calmado la fuerza del seísmo, rozó la pequeña lámpara de su casco. ¡No funcionaba! Muy nervioso, fue quitando a tientas las rocas una a una, hasta conseguir que un lateral del volquete quedase libre.

Cuando por fin lo hizo, salió lo más rápido que pudo y observó el triste espectáculo alrededor de él. Gracias a Dios, la luz de emergencia —al igual que los extractores del sistema de ventilación— seguía funcionando y permitía vislumbrar a través del polvo la magnitud del percance. Bancos, barretas, planchas de aluminio... gatos hidráulicos, volquetes, codos galvanizados de noventa grados... una maraña de material diverso revolvía metros y metros de ovillos de cable, junto a vigas, enganches, picos, palas...

Por lo que se veía, la parte superior del túnel había cedido en aquel punto. Aunque el segmento de la construcción no estaba partido del todo, numerosos peñascos oprimían la cubierta de cemento y, por ello, brotaban de las juntas diversas filtraciones.

Al girarse, Marchena encontró gran parte de la cabeza perforadora enterrada por el terremoto. Era muy difícil, por no decir imposible, evaluar los estragos en la costísima maquinaria. Se agachó y,

apartando varios cascotes, apuntó hacia allí uno de los reflectores que asombrosamente aún funcionaba.

La tuneladora parecía una bala descomunal, una hélice estrujada por las aspas... las muelas de carburo de tungsteno no estaban totalmente fuera de sitio. Desde luego, la vista de la cabeza perforada era lamentable. Al ingeniero se le hizo de repente extraño no sentir el zumbido de aquel ingenio de quince metros de diámetro y más de dos mil setecientas toneladas arañando el subsuelo marino. Alzó la cabeza y alumbró el techo con el reflector. Por suerte, el entibado de hormigón seguía resistiendo y evitaba, a pesar de las filtraciones, el derrumbe completo.

No se veía a nadie, ¿dónde diablos se encontrarían los demás? Marchena echó un vistazo en derredor, palpándose con miedo todos los bolsillos. ¡Se había dejado el móvil junto al ordenador, mientras hacía el análisis tectónico!

Lamentándose de no poder llamar ni mandar ningún mensaje, se dio la vuelta y descubrió parte de un mono de color naranja fosforescente, semienterrado por la avalancha.

Tiró con cuidado de lo que parecía una manga y consiguió liberar primero un brazo y después el resto del cuerpo inerte de quien le salvó de morir aplastado hace apenas unos instantes.

Aterrorizado, Marchena abrió los ojos de par en par.

Santamara se doblaba sin vida por el abdomen, con la columna vertebral y la médula deshechas, tratando de alcanzar un escondrijo. ¡No le había dado tiempo a protegerse!

Con las pupilas temblorosas, el ingeniero se tapó la boca con una mano y de la terrible impresión se la mordió. ¿Qué... qué le iba a decir a su mujer cuando la viera? ¿Y a sus hijas... que se habían quedado sin padre por un error suyo... por no haber estudiado con atención el análisis de la placa que iban a perforar?

Marchena parpadeó y, con la otra mano, se limpió las lágrimas. Tenía que calmarse. Tenía que calmarse. Al retroceder de manera instintiva, dio un traspié que casi le hizo caer al suelo.

Se hallaba a seis kilómetros de Punta Paloma. En el famoso y en tantas ocasiones polémico túnel que iba a unir África con el Viejo Continente. Casi en mitad del Estrecho, a medio camino entre Tánger y Tarifa, a cuatrocientos metros bajo la superficie del mar.

“En menos de veinte minutos, treinta millones de personas, cuatro de coches y uno de camiones lo deberían atravesar cada año...”, fueron las palabras en la inauguración de la obra del ministro de Fomento. Marchena trató de inspirar y espirar con profundidad, alejando de su cabeza aquellas insignificancias ahora. Pero al darse cuenta de que los extractores se habían parado de repente, volvió a prorrumpir en un sollozo.

Permaneció de esta manera, encogido por el dolor, temblándole los labios, tapándose de nuevo la boca con la mano, sin atreverse a hacer ningún movimiento. Hasta que, entre los ruidos del derrumbe, tardó unos instantes en percibir unas voces que gritaban:

—¡Socorro! ¡¿Hay alguien ahí?! ¡Necesitamos urgentemente ayuda!

Con nerviosismo, Marchena reaccionó al fin. Un tanto sin saber qué hacer, avanzó unos pasos, se agachó y se puso a quitar los escombros lo más deprisa que pudo.

Pasaron unos instantes. Para su sorpresa, debajo de aquella parte del túnel se abría en zigzag una grieta bastante angosta llena de salientes y rebordes puntiagudos. En su interior, cinco operarios habían salvado la vida milagrosamente.

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos, no os preocupéis! —les dijo, levantando las manos, intentando transmitir calma—. ¡En seguida os voy a sacar!

Apresurándose, metió medio cuerpo dentro y empezó a ayudarles.

Los salientes y rebordes puntiagudos le arañaban los brazos. La estrechez de la grieta le impedía apoyarse y levantarles con comodidad. Pero, sin mayor contratiempo, en pocos minutos sacó a los cinco fuera.

Nada más hacerlo, se produjo una conmoción de gritos y comentarios nerviosos a propósito del terremoto. Los hombres rodearon a Marchena. Por suerte, no había ningún herido. Limpiándose con una manga del mono el sudor, el ingeniero dejó que terminaran de gritar y echó una primera ojeada. Qué contrariedad, tampoco ninguno parecía tener móvil... Sin embargo, después de que todos se hubieran calmado y le agradeciesen que hubiera acudido en su ayuda, uno de los dos operarios que tenían linterna apuntó la posibilidad de meterse de nuevo por la hendidura, al ver lo precario de su situación.

—Tenemos que alcanzar uno de los pasajes transversales. El sistema de ventilación no funciona y..., para nuestra desgracia, el aire tampoco puede durar mucho.

Marche na guardó silencio y, mentalmente, hizo un cálculo. Habría unos cincuenta metros hasta la anterior galería de enlace. Cobos, el hombre que sugirió la idea, le comentó que aquella grieta se alargaba en diagonal y que, con un poco de suerte, no sería muy difícil alcanzar alguna de las vías de mantenimiento. El ingeniero los miró, uno a uno, y supo, por el gesto de pesadumbre que transmitían, que no había otra elección.

—Está bien —contestó finalmente, indicándoles que recogieran las herramientas que les pudiesen hacer falta, mientras se metía en la hendidura tras Cobos, agarrando la linterna que éste le dio.

Avanzaron a través de la grieta muy lentamente, esquivando obstáculos invisibles e intentando acomodar la vista a la escasa iluminación de los cascos. Pero la oscuridad y el polvo eran tan densos y la grieta tan estrecha e inclinada que sólo podían caminar palpando con las manos.

Las luces se mecían de un lado a otro sobre los fragmentos desprendidos del manto superior de arcilla. Enfocando con dificultad la linterna, Marchena podía apreciar que las distintas capas de sedimentos habían sido empujadas hacia abajo, de forma que los estratos quedaban ahora inclinados y expuestos. No obstante, la fisura se iba torciendo y se desviaba poco a poco hacia la derecha. Siguieron avanzando. El suelo, aparentemente firme y continuo, se fue reduciendo hasta convertirse en una lámina tan delgada entre las dos paredes que hacía la marcha muy difícil.

Entonces, una fina lluvia de polvo empezó a caer. Los seis se detuvieron, a la espera de que fuese a ocurrir algo. El silencio era absoluto. Cuando, de pronto, el terreno cedió y se abrió con estrépito bajo sus pies.

—¡¡¡Atrás!!! —gritó Cobos, en el momento que el operario que iba a continuación de Marchena desaparecía por la fractura con un grito desgarrador.

Los demás se apartaron rápidamente. Transcurrieron varios segundos que parecieron eternos, pasados los cuales todos se asomaron con precaución. Tanto Marchena como el otro hombre que también llevaba linterna trataron de iluminar. En unos instantes, apareció un boquete oscuro, entre la nube de polvo, que se ensanchaba al final de la fractura sobre la grieta, a una distancia de unos veinte metros.

Justo en el borde, yacía reventado el cadáver, con los brazos y las piernas doblados en ángulo inverosímiles, como si estuviera haciéndoles una siniestra señal, indicándoles acaso que se acercaran, que llegasen cuanto antes hasta allí.

Alguien, rompiendo el silencio, señaló la ráfaga de aire que provenía de aquel agujero.

Eso significaba que podía existir una salida.

Antes de que hubieran podido decir algo o que entre todos hubiesen recapacitado sobre la conveniencia de abandonar el camino o seguir adelante, ya estaban bajando por el terraplén que la fractura había hecho.

Fue la oscuridad lo que más impresionó a Marchena, cuando miró hacia el boquete. Mientras llegaban al borde y apartaban a un lado el cadáver, se fijó en los cambios interiores del reflejo de las linternas y los focos de los cascos. El boquete o corredor, porque más parecía un corredor que un agujero, mediría unos dos metros de diámetro. La superficie estaba pulida finamente. Tanto que se podía pensar que la hubieran pasado por encima con polvos de esmeril. Uno de los hombres —un geólogo de los equipos de prospección, evidentemente, viendo cómo actuaba— reparó, echándose el casco hacia atrás, en las insólitas marcas que horadaban en semicírculos el boquete o corredor cada sesenta, setenta centímetros:

—Esto no lo ha hecho ningún agente de la naturaleza —dijo.

De una perfecta construcción cilíndrica, no se notaban apoyos ni uniones. Era... como un gran tubo. Marchena, volviéndose, comprobó que la fractura por la que habían descendido cortaba abruptamente su continuación por el otro lado.

Las aristas afiladas confirmaban que dicha fractura era consecuencia directa del terremoto. Con arreglo a lo que se percibía, atravesaba en ángulo recto el corredor. A Marchena nunca se le había arrugado la nariz ante una obra ajena, si estaba bien hecha. Por eso mismo, ver fabricado este pasaje de una forma tan sencilla y tan esmeradamente acabada le hizo catalogar de verdadera insensatez que los

gobiernos español y marroquí no impulsasen hace ya muchos años el enlace de los dos continentes, por encima de cualquier otro plan que hubieran antepuesto.

¿Cuán to llevaría construirlo...? ¿Y por quién?

—Acercaos un momento —el geólogo los llamó con un grado de apremio en la voz. Había descubierto un trozo de pared cubierto de símbolos.

Marchena, aproximando la linterna, pudo advertir grupos de inscripciones que, a simple vista, tenían lejanas analogías con los jeroglíficos egipcios. Aunque algunos fragmentos también guardaban, sorprendentemente, cierto parecido con el arte precolombino del otro lado del Atlántico.

—Observad lo rápido que se oxidan estas partes —indicó el geólogo—. Son muy antiguas y no han sido expuestas desde hace gran cantidad de tiempo a nada que no esté dentro del corredor.

¿Quizá el arte maya, o se trataba del azteca, estaba hermanado de algún modo hasta ahora desconocido con el de los faraones? Marchena se fijó que la dirección que aquel canal misterioso llevaba, si se hacía una línea imaginaria y se separaba de manera virtual del entorno, remitía sin lugar a dudas hacia México, suponiendo que cruzase todo el océano, desde el mismo Egipto.

Los cinco siguieron caminando un poco más. En el suelo, un objeto con forma de clavo, junto a otro que podría pasar por un peine de minúsculas dimensiones, se encontraba cerca de una figura medio borrada a ambos lados de la pared, que tenía el aspecto de un candelabro de tres brazos, cuyo grueso eje central se apoyaba sobre un pie de forma redondeada.

A unos cien metros, llegaron a una especie de plaza vacía. En aquella circunferencia, uno de los operarios pretendió reconocer los restos de una conducción de agua. Unas muescas le hicieron pensar a Marchena que a dicha fuente habían confluído o confluirían otras terminaciones. No se equivocaba. Levantó la cabeza y alumbró a las tres orificios que salían en oblicuo. Al aproximarse, pudieron contemplar que repetían el dibujo del candelabro de tres brazos del túnel.

Comprobando que la oquedad de la derecha estaba taponada por una montaña de cascotes, se dividieron en dos grupos para investigar de dónde provenía la corriente de aire.

—Dentro de una hora, nos vemos aquí —dijo Marchena, mientras se iba por la del centro el geólogo con los otros dos trabajadores y él seguía por la de la izquierda a Cobos.

Se alejaron de la plaza vacía como un relámpago. Cobos, con el ceño fruncido, parecía decidido a perder el menor tiempo posible. De hecho, al poco de separarse ya caminaba deprisa, casi corría. Sus zancadas obligaban a Marchena a abrir bastante las piernas y mover mucho los brazos. Éste estuvo varias veces a punto de tropezar por seguir su marcha.

Los símbolos grabados en la roca continuaban apareciendo. Triángulos, trapecios, rombos; incomprensibles figuras geométricas brotaban aquí y allá; señales que querían indicarles ¿qué?

Después de un rato —diez, quince minutos, no mucho más—, Marchena empezó a cansarse. No entendía la inusitada prisa de Cobos. Se estaban alejando más cada vez y quizá en el túnel, en la parte donde había ocurrido el terremoto, ya hubieran desbloqueado la salida o buscado una forma alternativa de socorrerles.

Acaso a esta hora podrían estar fuera, en alguno de los volquetes, camino de la superficie.

Lo único bueno era que este accidente les iba a reportar un mínimo de tres semanas de permiso retribuido. Marchena hacía los cálculos mentalmente, tratando de apartar la angustia que le oprimía, que casi no le dejaba respirar, que casi no le dejaba seguir a Cobos, hasta que de pronto se dio cuenta del gran silencio que los rodeaba. Sintió la falta de ruido como algo extraño que ocurría no sólo en el corredor, sino en el resto de las profundidades. Creyó que se estaba... petrificando todo, que sus monos de color naranja fosforescente se iban a tornar de un momento a otro polvo riens y grises. El aire resultaba ahora más compacto y la atmósfera, en cierto sentido, se convertía en un fluido gaseoso.

Según iba detrás de Cobos, el ingeniero empezó a recapacitar sobre el hecho de que los otros supervivientes no parecían especialmente preocupados por su suerte. Atrapados entre el Mediterráneo y el Atlántico, en ningún momento habían expresado temor por las toneladas de roca y agua que tenían sobre sus cabezas. Ni por la falta de oxígeno, ni de manantiales, ni de comida. Ni tan siquiera por dar la vuelta y que los rescatasen los equipos de salvamento. Querían con tantas ganas meterse en aquella curiosa red de galerías que daba la impresión de que se hubieran vuelto todos locos.

Cuando llevaban más de la mitad del tiempo, Cobos se giró de repente y él, sorprendido, hizo lo mismo, volviendo sobre sus pasos, ya que el corredor continuaba en una invariable línea recta y no tenía visos de acabar.

Regresaron a la plaza un poco después de la hora. Marchena resollaba pesadamente. Pero, a pesar del retraso, allí no había nadie.

Por unos momentos no supieron qué hacer. Se quedaron mirando el uno al otro. Mientras esperaban a los demás, Cobos le hizo ver que pertenecía a la empresa encargada del mantenimiento del túnel, jugueteando con el destornillador y el diminuto voltímetro que sacó del mono. Marchena no se había fijado hasta ese instante. Cobos era uno de los técnicos electricistas de la compañía. Aunque podía haber sido cualquier otra cosa, enfundado en el mono naranja que todos estaban obligados a llevar.

De pronto, oyeron una serie de murmullos. Se abalanzaron a la carrera hacia aquellos ruidos que procedían de la oscuridad por donde los otros tres supervivientes se habían marchado.

A unos cuarenta metros aproximadamente, encontraron al geólogo arrastrando a uno de sus compañeros, cubierto de sangre. Entre Cobos y él, le ayudaron con rapidez a llevarlo hasta el centro de la plaza. Allí, Marchena pudo observar a través de una de las perneras del mono la tremenda mordedura que tenía en el muslo. Al hombre le era imposible hablar. Cuando pretendió incorporarse, una arcaada lo mantuvo encogido casi un minuto. A continuación, cayó hacia atrás y murió con un horrible estremecimiento. Los tres se miraron sin decir nada.

—¿Qué... qué es lo que ha pasado? —Cobos fue quien primero salió del estupor.

El geólogo se pasó una mano por el rostro y, antes de dar inicio a la historia, carraspeó un par de veces. Temblaba ostensiblemente.

—Seguimos ese pasaje durante un buen trecho —señaló con la barbilla la oscuridad del centro, mientras con una voz quebrada y sin fuerza se puso a explicar que habían avanzado metros y metros en la oscuridad hasta que, al cabo de bastantes minutos, llegaron por fin a una bóveda sobre la que se abría un paisaje aterrador de multitud de guijarros, huesos y fósiles. Tras unos instantes de vacilación, él y sus dos compañeros se adentraron en aquella gruta fantasmagórica, de cemento rojo, de osario colosal.

Bajo la luz de sus cascos, extrañas herramientas de uso desconocido, fragmentos petrificados de plantas, conchas de moluscos aparecían incrustadas en los estratos de caliza, producidos por sedimentación en el fondo de un antiguo mar. El geólogo había partido un trozo de roca, mostrando a sus acompañantes restos descompuestos de animales rarísimos, los cuales parecían prototiles de piedra, al sostenerlos en la mano, y no caparzones fosilizados de algún pariente prehistórico de la calamar actual, que es lo que en realidad eran.

Por ningún lado se encontraban vestigios de la civilización que construyó aquel fabuloso entramado de túneles. ¿Acaso era una cultura milenaria? ¿La vetusta Atlántis? ¿Mu? ¿Tal vez un pueblo que hubiese vivido en Egipto o, centenares y centenares de kilómetros en dirección opuesta, en el otro extremo del túnel? Cuando el geólogo estaba haciéndose estas preguntas, uno de sus compañeros se fijó en los costados de la gruta fantasmagórica.

Con la circunferencia menor hacia fuera, un conjunto de excreciones salían de la pared a modo de poderosos soportes más que de algo segregado por la propia roca, formando un recipiente con forma de cono truncado, a lo largo de diferentes puntos. Compactos y perfectamente bruñidos, con una abertura en el frente que les aproximaba en cierta forma a las estalactitas, pero en sentido horizontal, aquellos aparatos, máquinas o lo que quiera que fuesen hacían las veces de pulmones. Inexplicablemente, esas excreciones eran las que permitían que hubiera aire en la gruta. Si se aproximaba el oído a la punta de la ampolleta, se podía escuchar la pulsión que simulaba venir del interior de cada uno de aquellos fuegos. El oxígeno no salía en suaves suspiros, liberado. No era plástico, ni cartílago, ni hueso, la sustancia de la que estaban hechos. ¿Pudiera ser cierta la teoría de que una raza extraterrestre venida de quién sabe qué galaxia remota llegó al principio de la creación de los continentes y dio origen a la vida, tal como hoy se la conoce?

—Y eso qué puñetas importa ahora —Cobos recriminó con dureza al geólogo aquellas ocurrencias, sumamente nervioso—. Déjate de tanta divagación y ve al grano.

El relato ganó en intensidad, cuando dijo que levantó una hoja de hierro desgastado del suelo. Al hacerlo, removió con el pie varias puntas de lanza cubiertas de un óxido oscuro. También había escudos partidos y coberturas de metal que debieron de proteger en tiempos la cabeza de los soldados. El geólogo alumbró en derredor, descubriendo un esqueleto completo de elefante, rodeado de calaveras aplastadas de lo que muy bien pudo ser una avanzadilla del ejército ¿cartaginés?, ¿romano?, ¿quizá, fenicio...? ¿No serían tal vez habitantes de la mítica Tartessos?

Desplazó la luz y descubrió que, entre varias capas de tonos ocres y cremas, algo aparecía embutido en la roca. Era un fósil enorme, de más de un metro de radio. El molde de una amonita colosal, aquella variedad de cefalópodo emparentada con el nautilo y que se extinguió hace más de ciento cuarenta millones de años. La forma estaba asombrosamente bien preservada. Se podían ver las estrías de la espiral recogida sobre sí misma, las divisiones de los tabiques nacarados, las marcas de las laminillas óseas...

Uno de sus acompañantes llamó la atención del geólogo sobre un segundo fósil. Este nuevo espécimen, sin embargo, se conservaba mucho mejor: contenía el modelo en perfecto estado de la amonita. El operario se agachó con recelo. Pero cuando estaba examinándolo cuidadosamente, colocando el foco de su casco y el de la linterna en frente de la cabeza tentacular, los ojos de aquel ser se abrieron de manera incomprensible. La criatura se irguió con un siseo espeluznante y le lanzó un bocanada a la pierna, haciendo que el hombre retrocediera y comenzara a gritar fuera de sí.

—¿Y, entonces, qué hicisteis? —preguntó, horrorizado, Marchena, al ver que se producía una pausa.

—Tratamos de alejarlo del monstruo —respondió el geólogo, casi sin voz—. No sabíamos por qué misterio de la naturaleza aquel ejemplar estaba vivo; el cascarón calcáreo le debía de servir de refugio. Al volver las luces sobre él, se escabulló de repente en la oscuridad. Arrastramos al herido sin tardanza; era decisivo salir de allí. Entonces el fósil, el monstruo, aquel remedo de ofidio, nos cayó encima y enroscó con su cuerpo cubierto de negras escamas al compañero que iba a mi derecha. En un santiamén, le partió el cuello y comenzó a devorarlo con una boca repleta de infinidad de colmillos... ¡Oh!

El geólogo interrumpió la narración y se quedó callado unos segundos. Aunque había conseguido sacar al otro operario de la gruta, no conseguía recordar, a pesar de las preguntas de Marchena y Cobos, cómo llegó hasta donde los encontraron. Por muchos intentos, apenas lograba hacer memoria sobre si caminó despacio o, por contra, todo lo rápido que pudo. Sobre si el fósil los siguió o no. Pero eso... eso no era importante. Porque ahora ya estaba allí, con Marchena, Cobos y el cadáver tendido boca arriba de su compañero.

—Lástima que al final tanto esfuerzo no haya servido de nada —se quejó el geólogo con frustración, después de un rato, pestañeando y mirando continuamente hacia el techo.

El relieve rizado de la bóveda. Las espirales orientándose hacia el centro. Algo en el sentido concéntrico de la veta le producía cierta inquietud. Las mismas formas, las mismas proporciones... ¡claro que sí! No se había fijado hasta aquel instante. Entonces el geólogo se volvió hacia Marchena y Cobos y, balbuceando, dijo:

—¿Por qué este espacio, que tomamos en principio por una plaza —señaló, abriendo ambos brazos—, no puede ser en realidad la forma gigante de un fósil?

Ahora estaba convencido de que era la cubierta inferior muerta por una monstruosidad igual, pero mucho mayor, que la que habían encontrado en la otra caverna. Una réplica idéntica, aunque en estado adulto.

—¡Va a venir a por nosotros! ¡Esa aberración va a venir a por nosotros, en cuanto acabe con el compañero que se quedó en la cueva! —no paraba de repetir el geólogo, una y otra vez, hasta que Cobos le dio una bofetada y lo hizo enmudecer.

—¡Cállate! ¡Cállate, puñetas! ¡Deja de comportarte como un histérico!

Durante unos minutos, permanecieron en silencio los tres, oyendo los ruidos de las profundidades, tragando saliva, sintiendo el pulso que les retumbaba en las sienes. Por primera vez, eran conscientes de la situación terminal en que se hallaban.

El ingeniero miró a Cobos y se percató de que llevaba tiempo sin decir nada.

—¿Qué piensas de lo que ha dicho? —musitó y luego hizo una segunda pregunta—: ¿Crees que esa cosa vendrá?

—Estoy absolutamente seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque está allí —Cobos clavó la vista en la penumbra.

Marchena y el geólogo se sorprendieron de tal modo que al principio se quedaron inmóviles.

—¿¿Dónde...?? —preguntaron a la vez, girándose muy despacio en la dirección indicada por Cobos.

Entre las sombras, iluminada pobremente por los cascos, se hallaba parada la criatura, con varios congéneres igual de monstruosos detrás. Al ingeniero se le contrajo el estómago. Alzada igual que una cobra, la amonita superaba erguida el metro y medio. Parecía un reptil más que un gusano repulsivo;

entre los apéndices que rodeaban la boca, se abría una cavidad con forma de embudo cargada de un sinfín de dientes. Permanecía en silencio, como si esperara a que alguno de los tres hombres la llamase. Su actitud poco dejaba traslucir.

—Cuando yo grite, ponéis pies en polvorosa —susurró Cobos, cogiendo unas cuantas piedras del suelo, antes de soltar un alarido y lanzarlas contra las amonitas—. ¡¡¡Ahora!!!

En un visto y no visto, los tres huyeron de allí.

La oscuridad, el túnel, el reflejo de las luces, el eco de sus pisadas... Corrían todo lo deprisa que podían, en dirección contraria por donde habían venido. Su respiración resollaba muy fuerte. Sin embargo, unos metros más adelante, varios de aquellos monstruos obstaculizaban el corredor. Cobos se abalanzó valientemente sobre el primero y, con un golpe de destornillador, lo degolló, haciendo que un chorro de sangre, o algo parecido, le salpicara. Sin darles tiempo, otro fósil saltó sobre el geólogo y lo atrapó, anudándole con violencia por el cuello. Marchena quiso liberarlo, pero se llevó un bocancho en el brazo que hizo que lo retirase inmediatamente y saliera trastabillando hacia el terraplén, al final del pasaje, por donde hace una eternidad habían bajado.

Según se puso a gatear por él, el ingeniero escuchó los terribles gritos de sus compañeros. Giró la cabeza un segundo y vio que dos seres habían cogido a Cobos mientras otros tantos trepaban por el terraplén en su busca. Sacando fuerzas de flaqueza, consiguió alcanzar la parte superior, justo donde se había producido el terremoto, y hacer cuña sobre el flanco de la grieta.

¡Era su única posibilidad! Flexionó las rodillas al límite, empujó, empujó con energía, hasta que la mole de granito empezó a moverse, cedió y con todo su peso se desplomó sobre los monstruos.

Un estrépito espantoso lo envolvió todo. Marchena se deslizó por detrás del terraplén. Durante unos segundos, no percibió nada: el polvo le causaba un picor insoportable. ¿Qué iba a ocurrir ahora? El ingeniero no dejaba de toser. Sin embargo, al poco oyó el ruido de los motores de un equipo de rescate, que se debía haber puesto en marcha al sobrevenir este nuevo derrumbamiento.

¡Estaba salvado! La esperanza llenó el corazón de Marchena. ¡Le iban a sacar de allí! Sin embargo una punzada de dolor hizo que moviese la linterna.

Acto seguido se limpió la sangre de la muñeca y contempló los puntitos violeta del mordisco del fósil. Dos o tres pinchazos, como descargas, le agujoneaban por encima del codo. Los dedos los movía con dificultad. La señal de la herida desaparecía ahora en una desproporcionada hinchazón.

¡Veneno! ¡Eso sin duda era veneno! ¡Y le iba a provocar la muerte de un momento a otro!

Marchena suspiró con violencia. Tenía que resistir. Las palas de las excavadoras del equipo de rescate se acercaban. Tenía que sobrevivir como fuera. Para poder contar a todos los espantosos descubrimientos que se ocultaban *allá abajo*.

“¡Cobos! ¡Santamaría!”, le hubiera gustado gritar en un ronco arrastre de la garganta. ¡Alguien tenía que ayudarlo...!

Y de pronto, con asombro, en vez de desmayarse, enderezó la cabeza. La mordedura apenas le dolía, el avance del veneno milagrosamente empezaba a remitir. Se sentía casi bien y, aunque no le quedaban fuerzas para mover la mano, logró agitar por unos instantes el meñique, el anular y el corazón.

El bienestar avanzaba y con él una somnolencia llena de imágenes. El terremoto, los fósiles, la plaza, el corredor. No notaba ya el brazo ni el hombro. ¿Se habrían salvado sus compañeros? Marchena se preocupaba por ellos medio adormecido. Cuando los rescataran, le gustaría invitarlos para celebrarlo a comer fideos con langostinos en Cádiz, en Casa Cuca. O, mejor, a buenas raciones de acedías y pijotas en El Rincón de Juan...

Por encima de estas insensateces, notó que estaba helado hasta el pecho. Marchena estiró ambas extremidades. En la dirección opuesta al equipo de rescate, se oían los siseos de las amonitas abriendo su camino mediante violentos movimientos a través de la piedra. Advirtió, con un escalofrío, el rumor que originaban al horadar. Como si el veneno de la herida le hubiese inoculado parte de su horrible naturaleza, sintió la llamada terrible de aquella raza de monstruos a través de las capas del subsuelo. Barruntaba quién iba al frente, como lo había hecho el geólogo antes de morir al levantar la cabeza. Por el tremendo ruido, tenía que ser la reina madre. ¡El fósil adulto que se refugiaba en la plaza vacía y ahora se arrastraba en su busca!

No obstante, todavía quedaba tiempo.

Oyó cerca el repiqueteo de las taladras. Las máquinas hidráulicas se estaban dando prisa, mucha prisa en intentar salvarlo.

¿Porque quién sino él podía avisar del peligro en que toda la humanidad se hallaba? Marchena no dejaba de hacerse decenas de preguntas. ¿De dónde venían las amonitas? ¿Eran inteligentes? ¿Habían existido siempre? ¿Tal vez hasta ahora no tuvieron constancia de la proximidad de los hombres?

Entonces el ingeniero sufrió un acceso de tos. Cayó al suelo y escuchó cómo una parte de la pared se abría detrás de él, según soltaba la linterna. No pudo girarse ni ver si el equipo de rescate había llegado a su encuentro antes que las amonitas, porque él sólo pensaba en los largos paseos por los alrededores de Tarifa, por las ensenadas blancas de Bolonia y Zahara, por las callejas de Vejer, de Barbate, de Chipiona, enganchándose de esta manera a su última esperanza de huir de la muerte, antes de que el veneno le hiciera perder la consciencia y...

Con un sobresalto, el fragor de las campanas le apartó de aquellos recuerdos tan vívidos. Santiago Marchena parpadeó varias veces y movió la cabeza, un tanto asustado, como si no supiera dónde se encontraba.

Pasaron unos segundos. Cuando consiguió saberlo, se quedó mirando las últimas líneas que había escrito, sin atreverse a hacer movimiento alguno.

Durante unos instantes, fue incapaz de respirar. ¿Le había pasado realmente todo eso? A continuación, tapó el tintero de porcelana azul, colocó en su sitio la pluma y se volvió muy despacio hacia la amplia estancia.

A través de la pantalla cubierta de encaje, la lámpara de petróleo trazaba círculos de luz. La celosía de tablillas continuaba baja: aún no había entrado ningún sirviente. Del alto techo, apenas se podían distinguir los adornos en los arbotantes y mucho menos los detalles de los admirables frescos que llenaban la mayor parte de la cúpula.

Marchena bajó la vista por la pared —despacio, como si la arrastrara—, la pared más larga de la habitación, la que tenía frente a él ahora, hasta llegar a la ostentosa chimenea, a cada lado de la cual un balcón daba al jardín. Sobre la chimenea había un gran espejo, encuadrado dentro de una profusa decoración. En el espejo, se reflejaba la cama a un lado y, por supuesto, el secreter y su propia imagen.

Por un segundo no la reconoció. El ingeniero se acodó en el secreter, ahuecó las manos y hundió la cara en ellas, con los ojos cerrados y las yemas de los dedos casi tocándose por encima del puente de la nariz. Por un segundo no había reconocido su propia imagen. Se frotó un momento las sienes. No la había reconocido.

Entre las secuelas que todavía le quedaban, persistía aquella pavorosa amnesia, la forma que había encontrado su cerebro de protegerse de una realidad que consideraba terriblemente ajena e inquietante.

Lo que conllevaba graves problemas de memoria.

Marchena reflexionó con cierta preocupación, porque era contra eso, en concreto, por lo que había empezado una especie de diario apresurado de sus andanzas, en aquel manuscrito, siguiendo las afectuosas pero firmes indicaciones del doctor Romegio:

—Todo lo que entra tiene que salir —le comentó el venerable médico, frotándose su poblada barba y poniéndose unas gafas de montura de oro, de lentes diminutas y torcidas, mientras le examinaba en una de sus últimas visitas—. Puede quedarse dentro de la cabeza y transformarse de muy diversos modos, saltando de una cosa a otra, de una situación a otra... La terapia consiste en provocar que salga, estimular una catarsis. Si es posible, y con extremada cautela, hay que incitar al paciente para que reviva lo sucedido.

Marchena no se dio cuenta, pero involuntariamente infló el pecho hasta que estuvo a punto de estallar. Entonces, soltó un resoplido bastante fuerte, como demostrándose a sí mismo que estaba vivo, que aquello no era un sueño, aunque tantas veces se lo pareciese desde que *había resucitado*. Apoyando ambas manos en el secreter, con precaución de no volcar el tintero ni la pluma, trató de levantarse y alcanzar las zapatillas que, la noche anterior, dejó al otro lado de la cama, junto a un balcón. El inmenso lecho —al menos para lo que él hasta hace poco estaba acostumbrado— tendría los dos metros y medio de largo y casi lo mismo de ancho y era tan alto que le obligaba a subirse con ayuda de un mullido escalón de tela roja. Comprobando la firmeza de sus piernas, Marchena atravesó vacilante el dormitorio.

La habitación era muy espaciosa y rectangular. Comunicaba a la derecha con la alcoba de sea Bugala y a la izquierda con otro de los cuartos de invitados. Todas las estancias daban al jardín, sobre los tejados del Casco Viejo. Y todas, contrariamente a su aparente suntuosidad, estaban un tanto deslustradas —a pesar de los sirvientes— por el paso del tiempo. El ingeniero, pensando en la antigüedad que tenía todo, estuvo en un tris de arañarse con la esquina de la cama. No obstante, se sujetó con fuerza y fue recorriendo el avejentado almacén de madera paso a paso.

Cuando finalmente se puso las zapatillas, se aproximó al enorme ventanal del balcón, haciendo que se le agitasen las haldillas del batín. Abrió las hojas de par en par y, si bien le costó mover la chirriante manivela, consiguió que la persiana se replegara. Luego salió al exterior. Y en lugar de acercarse a la barandilla y admirar el exagerado resplandor que enfundaba la mañana, cerró los ojos y aspiró una bocanada de aire fresco. Con los párpados apretados, levantó las aletas de la nariz, dejándose atrapar por las mil sensaciones que emanaban del desordenado vergel que florecía en torno a la mansión.

Se podía distinguir que el olor de los taferoles superaba, en dulces vaharadas, al de las donolias. O que el oleoso perfume de las tomadoras escondía la fragancia de la buenavida, mezclada con el aroma de

la globosa y del vastol. Todo esto era muy difícil de apreciar, si no se tenía la suficiente destreza. Sin embargo tarde tras tarde el tío de Ambadelo, sea Bugala, el duque de Mastaserrada, llevaba semanas adiestrándole pacientemente. Para Marchena, de momento, sólo había rosas, claveles, limoneros, naranjos. Si fuera más experto, diferenciaría la menta, la magnolia, el arrayán. Pero le faltaban tantos conocimientos. Y, sobre todo, vocabulario.

Tomadora, donolia, ¿cuál era el nombre de las plantas con forma de lechuga y color azafrán que sea Bugala le enseñó ayer? Marchena no dejaba de forzar su memoria con ésas y otras preguntas. Aunque iba aprendiendo *el idioma* con aparente felicidad, todavía no lo dominaba con soltura. Pero aquello, en vez de desanimarlo, le impulsaba a avanzar, a pelear con nervio por la recuperación cuanto antes de su autoestima. Fue sin duda una de las primeras cosas que le hizo sentirse profundamente agradecido de *no haber muerto* en el túnel.

Sí, profundamente... Faltó poco para que se pellizcara para verificarlo. Después de eso, movió la cabeza hacia el extremo del jardín.

Cerrado por tres muros macizos y cubiertos de hiedra y un flanco de la mansión, recordaba más a una prolongación del parque anexo y no lo que normalmente se tiene por dicho nombre. Sobre el suelo, las numerosas flores crecían sin orden ni concierto. En la pared del fondo, una vegetación de arbustos amarillos y granates mostraba sus encantos con generosidad. Cerca de un rincón, junto a los altos paneles de cristal del belvedere, el brillo de varias ¿presoneras? introducía una señal de inesperado orden. En cada trozo de tierra de la finca Mastaserrada, se palpaba tal ambición de hermosura, de que todo tenía que crecer de la mejor y más radiante manera posible, que se sobreponía sin esfuerzo a la elegante belleza que irradiaba del resto de la ciudad.

Marchena se giró en ese momento y levantó la barbilla. Enfrente de la mansión, sobre el Casco Viejo, en la otra ladera, estaba el monasterio de Donánvola, cuyo ejército de campanas —realmente, las campanas de la escolanía del Monasterio—, de pronto habían dejado de repiquetear. Aquello era lo que le había hecho levantar la barbilla. Y detrás del Monasterio se elevaba el palacio Argafudere, el gran y majestuoso conjunto arquitectónico que, con sus múltiples estatuas, fuentes, escaleras, columnas, balaustres, dominaba omnipotente todo Klinklangámerun. “El lugar donde los gamerunitanos y cualquier habitante del Imperio pierden sus principios”, recordó la frase cargada de profunda decepción con que una vez sea Bugala se refirió a él en su presencia. Marchena todavía no había tenido oportunidad de visitar el Argafudere, pero faltaba muy poco para que lo hiciera.

Interrumpiendo sus pensamientos, la pesada puerta de la habitación se abrió y un hombre alto y fuerte entró dando poderosas zancadas:

—¡Buenos días, san Tiago!

El ingeniero se lo quedó mirando, muy quieto, más sorprendido por la marcialidad con que entrechocó sus botas que por el propio saludo.

—Hola, Ambadelo.

—¡Ah! ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Al fin ya no necesitas estas muletas! —el recién llegado sostuvo en alto los apoyos de madera que, durante tanto tiempo, a Marchena le habían ayudado a desplazarse—. Hace una mañana espléndida, tú ya te puedes mover solo y, en pocas horas, llegará el conde de Mielverí, ¿se puede pedir algo más en un día como hoy?

El ingeniero sonrió al recibir de su amigo un cachete cariñoso. Daba gusto ver qué contento estaba. Desde su metro noventa de estatura, pelo rubio, con bigote y perilla, Ambadelo parecía flotar por todo el dormitorio, a pesar del brazo que llevaba en cabestrillo. Perfectamente uniformado —Marchena admiró el brillo de las espuelas, de la hebilla del cinturón, de las charreteras—, daba meneos al sable que portaba en su funda de terciopelo, no paraba de recorrer de una esquina a otra la habitación, llamando a los sirvientes y ordenando que prepararan con rapidez el baño al invitado de su tío. Mientras esperaba a que lo arreglaran, Ambadelo se dio la vuelta.

—¿Has estado escribiendo? —preguntó a Marchena, al fijarse en el manuscrito.

—Sí. Ayer por la noche estuve un rato buen.

—No, no, san Tiago —Ambadelo negó a la vez con la cabeza y con el brazo sano—. Eso no es correcto. Se dice “estuve un buen rato”.

El ingeniero sonrió con timidez, levantó las cejas y repitió para sí la observación, intentando memorizarla. A veces le resultaba tan difícil combinar algunos adjetivos.

—¿Y este sistema? —Ambadelo hizo una mueca, estirando el cuello, alto, rígido y bordado, señalando con un dedo las líneas horizontales que contenía cada página.

Cuando Marchena iba a contarle que en su tierra natal lo común era escribir así, en renglones, de izquierda a derecha, avisaron que el baño ya estaba dispuesto. Casi agradeció la interrupción, porque

Ambadelo y él acababan siempre discutiendo, por una cosa o por otra, enzarzándose en innumerables disputas que no conducían a ninguna parte, al comparar los usos de un mundo con los del otro. En realidad, lo hacían por cualquier minucia, por cualquier comentario. Marchena se quedó mirando a Ambadelo, quien tampoco parecía importarle mucho que no se lo explicase: le aburrían tanto como a él esas discusiones bizantinas que no conducían a nada. En silencio, le señaló el extremo de la estancia.

El cuarto de aseo era relativamente pequeño, entelado en el mismo tono azul que el resto de las habitaciones, con el desagüe en el piso de loza. Tal vez diese esa impresión por el tamaño desproporcionado de la bañera, que se parecía a un cajón descomunal, medio verdoso por fuera y amarillento por dentro, apoyado sobre ocho robustas patas de madera. Al instante, entraron dos criados, bastante mayores, cada uno con un par de cubos, uno de agua fría, otro de agua hirviendo. Con visible esfuerzo, fueron y vinieron unas cuantas veces hasta que la bañera estuvo llena. Entonces Ambadelo probó la temperatura con el brazo sano. Haciendo un ademán, le indicó a Marchena que estaba en su punto. Éste se desvistió en su presencia y, torpemente, se metió en el agua. Muy despacio, se restregó con el largo cepillo que Ambadelo le ofreció, en tanto uno de los sirvientes trajo una bolsita de la que desenvolvió varias cáscaras vegetales, las cuales, al humedecerlas, soltaron un líquido blanquecino muy aromático.

—¡Uouh...! —exclamó Marchena con satisfacción.

La tibieza del agua le hacía tanto bien. Le relajaba por completo. Gracias en parte a estos baños, su salud había experimentado en los últimos días una notable recuperación.

No tuvo constancia de los minutos que pasó en la bañera, sumido en el terapéutico bienestar que le proporcionaba el agua. Cuando estaba medio adormilado, distraído el ánimo totalmente, la piel de sus manos y pies cada vez más arrugada, levantó la cabeza y contempló la humedad que se condensaba en las paredes de tela azul y cómo Ambadelo descolgaba de la percha un albornoz y una toalla y le decía:

—Vamos, perezoso. Se nos echa la hora encima.

Marchena sonrió y, con precaución de no escurrirse, salió de la descomunal bañera.

Con la parte superior de la toalla, se secó repetidas veces la barba y el cabello. Y con la opuesta se frotó las partes más íntimas y luego las piernas y los pies.

—Estás muy impaciente —le dijo a Ambadelo.

—Claro que lo estoy —respondió éste, sin dejar de mirarlo—. Cómo no lo iba a estar.

—Pues no te preocupaste, que llegaremos a tiempo.

—“No te preocupes”.

—¿Qué?

—Se dice “no te preocupes”. Pues sí que me vas a hacer quedar bien delante del Conde.

—No te preocupaste, no te preocupaste —volvió a repetir Marchena, a sabiendas ahora de que lo estaba diciendo mal, conforme se ponía los calzoncillos largos y le lanzaba a la cara la toalla—. ¡Mucho te importa el Conde a ti!

—Sabes bien que bastante poco. Pero lo que sí me importa es mi guerrera. Como me la mojes, ¡vas a ver tú lo que es bueno!

Tras lo cual, Ambadelo dejó en el borde del lavabo la toalla húmeda y llamó para que vinieran a vestir a Marchena. A los pocos segundos, uno de los ancianos criados hizo acto de aparición y se puso diligentemente manos a la obra. Le tendió una camisa blanca y le colocó en torno al cuello una monumental tira de tela de seda lustrosa de color azul. Sus artríticos dedos acomodaron con temblor los pliegues; una vuelta, dos vueltas, tres vueltas; estiraron el frunce; clavaron en la seda el escudo de los Mastaserrada con incrustaciones de zafiro.

—¡Alto! ¿No ves esta arruga de aquí? Trae rápidamente otra chaqueta —indicó Ambadelo al sirviente, retirándola de forma autoritaria con la punta del sable.

Mientras el hombre se disculpaba torpemente y, con una reverencia, iba a buscar lo que le pedía, él mismo se puso detrás de Marchena y le ayudó a pasarle el chaleco por los brazos. Después de que se lo hubo abotonado, Ambadelo le dio un elegante pañuelo con gotas de esencia de buenavida. El monedero y las llaves de la cancela y la entrada principal de la mansión se los fue repartiendo por los bolsillos. Cuando consideró que ya estaba listo, le hizo darse la vuelta y que se viera en el espejo.

—¿Qué te parece?

Al principio, Marchena no pudo pronunciar palabra. De nuevo le recorrió un escalofrío al contemplar su propia imagen. Sabía que estaba más delgado que antes de que se abriera el abismo. Durante los días anteriores, cuando se encontraba ante los grandes espejos de la mansión, apenas reconocía esa cara larga de ojos hundidos y frente huesuda. Evitaba los espejos. Ahora, no obstante, se miró de arriba abajo, examinándose con minuciosidad.

Ciertamente, no tenía nada que objetar a su aspecto, aparte de las ojeras y la barba. Pese a las fiebres y la situación crítica que había estado, todavía conservaba cierta apostura, lejano recuerdo de su condición atlética. Dio un paso adelante y se tocó los pómulos. Qué flaco estaba. Marchena, levantando las cejas, no dejaba de contemplar su imagen reflejada en el espejo. Efectivamente, qué flaco estaba... Y eso que la barba lo disimulaba bastante.

—Bueno, ¿no dices nada? —Ambadelo le observaba detrás de él, mostrándose más que satisfecho—. Por fin parece una persona.

—Gracias —entonces Marchena se giró y, cogiéndole por sorpresa, le dio un abrazo—. Muchas gracias. Sé todo lo que tu tío y tú habéis hecho por mí.

—¡Eh! Ten cuidado con la herida —Ambadelo apartó el cuello rígido y reculó hacia la puerta, tratando de liberarse de aquellas muestras de sentimentalismo—. Si no se recupera a tiempo, vas a tener que batirte en mi lugar con el estúpido de Dincala.

De improviso, el sonido del campanario irrumpió por el ventanal abierto del balcón. Los tañidos tenían mucha más viveza que antes. Ambadelo miró a Marchena y, al darse cuenta de la hora, le conminó a que se apresurara.

—¡Venga! ¡Vámonos! ¡Es tardísimo!

Bajaron con la mayor rapidez que lo pudo hacer Marchena. En el vestíbulo, el ingeniero recogió su sombrero y el sobrino del Duque su casco. En cuanto se pusieron los guantes y las capas, montaron en el coche que les acababan de preparar y que se asemejaba mucho a un faetón, aunque era un poco más alto y estrecho y tenía una capota con muchos adornos. Nada más acomodarse dentro, Ambadelo le dijo que, con la cantidad de público que iba a asistir, no sabía si tardarían menos yendo a pie.

Se alejaron por el largo camino de grava que atravesaba la finca de un extremo a otro.

Aquella zona del jardín, constreñido cada vez más entre los límites que le iban quedando por la creciente expansión de la ciudad y el parque anexo, despedía fragancias tan untuosas como las de las plantas aromáticas que brotaban del otro lado, por detrás del belvedere.

—¿Qué son, donolias? —Marchena no hacía más que abrir la nariz.

—No lo sé —Ambadelo, sumido en su preocupación por llegar a tiempo, no hizo ningún esfuerzo por diferenciar el pegajoso olor.

La mansión Mastaserrada estaba rodeada de un muro de escasa altura, con un enrejado de hierro en la parte superior y una gran cancela con dos columnas a los lados, que eran coronadas por sendas esferas de piedra. El cochero, con un chirrido, abrió la cancela. Después de pasar el faetón y asegurarse que quedaba bien cerrada, tomó la calle de enfrente que —a diferencia de la derecha, que flanqueada por faroles de gas bajaba hasta la rampa de la plaza de Corta— penetraba en los estrechos callejones del Casco Viejo.

La muchedumbre inundaba las aceras con sus gritos: vociferaban los mozalbetes, canciones en las tabernas, música como de organillo a la vuelta de la esquina. El faetón descendió directamente sobre el paseo de los Monteros. Empedrado y con frondosos árboles en medio, el extenso bulevar se hallaba en esos instantes muy concurrido, aunque no era de los más adornados de escaparates de Klinklangámerun.

Engalanaban sus fachadas gallardetes y flores de papel. Muchos balcones estaban ornados con farolillos de muchos colores, lo que daba al paseo de los Monteros, a todo Klinklangámerun, un aspecto mágico. En las avenidas más anchas, ya en el Distrito Centro, los coches de punto transitaban dificultosamente entre la multitud. Los galopantes rozaban con su belfo los sombreros, los altos peinados de las mujeres, las cuales se apartaban del acoso sorprendidas y asustadas con gritos y risas.

Dentro de aquel río de gente, tuvieron que ir esquivando también músicos, charlatanes, escamoteadores, poetas líricos, vendedores que pregonaban a voz en grito sus mercancías o curiosos que, simplemente, deseaban echar un vistazo a la comitiva real.

La caballería del carruaje, dando resoplidos, empezó a mostrarse inquieta entre tanta aglomeración. El cochero tenía que dominar a la pareja de galopantes con continuos restallidos del látigo. Mientras, Ambadelo no dejaba de manosear el casco metálico sobre su uniforme, arrugando el adorno con pelo cortado de crines de cerviante de la parte posterior. Marchena observó que cada vez se encontraba más nervioso, puesto que el sobrino de sea Bugala veía que se estaban retrasando.

En ese instante, apareció un control policial que, al fijarse en el escudo pintado en la portezuela de los Mastaserrada, les permitió cortésmente el paso entre silbidos y exabruptos de la muchedumbre.

Del otro lado del control, el resto del paseo estaba bastante más vacío. Sólo grupos de militares y algún que otro carruaje de la aristocracia gamerunitana iban en su misma dirección. Sin tantos

obstáculos, la pareja de galopantes empezó a recobrar la calma. Las herraduras resonaban sobre los adoquines, a medida que les aflojaban las riendas y su trote obtenía mayor velocidad. Así, plegaban y desplegaban los diminutos apéndices vestigiales que poseían sobre los lomos, como dando palmas de contento, alegres de conservar, quizá, aquella mínima herencia de la que fue, sin duda, una raza fabulosa.

Circundando una de las figuras ecuestres de Palaveo VI, a la que el artista había exagerado hasta lo imposible las alas de su montura, llegaron al borde de la Gran Grieta.

Mucha gente se agolpaba ya sobre el pretil, miembros probablemente —sólo había que fijarse en la elegancia llevada al extremo de sus recargados ropajes— de algunas de las familias de la nobleza y la burguesía de la ciudad.

—Éste parece un buen sitio —Ambadelo hizo que el cochero se detuviese. Un segundo después, descendió del faetón y se acercó con rapidez al pretil.

Ante las prisas de su amigo, Marchena se quedó sin saber qué hacer dentro. Vio cómo se entremetía entre el público. Cuando instantes después reaccionó, antes de bajar, se asomó por la otra ventanilla. Sacando un poco la cabeza, desde allí pudo admirar la espectacular grandeza de los quince arcos del Pontineo, extendiéndose de un extremo a otro del profundo barranco.

Marchena se sentía completamente arrobado. Sea Bugala tenía toda la razón. El entusiasmo que producía su contemplación no era equiparable con nada: siendo, desde luego, el monumento más importante de Buntega —y por añadidura del Imperio entero—, aquella magnífica obra de ingeniería se había erigido sobre las dos riberas del Suondo, bajo el larguísimo mandato de Palaveo VI, después de enormes y costosísimos trabajos. “Ninguna otra cualidad de su carácter lograba reprimir su desmedida ambición”, le había comentado el Duque, en una de sus habituales disertaciones acerca de la codicia del soberano recientemente fallecido. Aunque gracias al ansia de poder de Palaveo VI —terminaría después por reconocérselo—, ese último tramo del extraordinario viaducto había acabado por unir, al fin, el círculo de las capitales de los Cinco Principados.

Contando cada uno de los accesos, su longitud se aproximaba a los tres kilómetros y medio. La obra era un enrejado de vigas de metal, apuntaladas con un sistema de bastidor tan confuso que Marchena no pudo por menos de calificarlo de muy notable. Se levantaba sobre treinta pilares, cada cual se remataba con piedra verdosa de Calvian, llegando a hundirse veinte metros en la arena del río. Por encima corría el estruendoso ferrocarril que comunicaba las lejanas tierras de Fenerobio con las de Malperio a través de la propia Klinklangámerun. Y sobre éste un paseo de carruajes, flanqueado de altas pasarelas.

En cada extremo, se erguían torres fortificadas de ladrillo rojo oscuro, casi negro, con troneras para la fusilería y para los grandes cañones. Marchena se fijó que la construcción aún no estaba terminada, ni mucho menos. Centenares de animales parecidos a las acémilas pero con las patas más cortas y la cabeza más grande y otros que debían de pertenecer a la misma familia de los galopantes, aunque de menor corpulencia y sin apéndices vestigiales, subían por el precipicio, desde la cantera, cargados con sacos de materiales y azuzados por los arrieros y el silbido, al caer al abismo, de la tierra ocre.

Asomándose un poco más, Marchena vio que las revueltas aguas del Suondo corrían muy abajo. Entre las cinco columnas centrales, había pilastras con listones entrecruzados, llenos de barro y embadurnados de igual modo por fuera, para sostener las últimas vigas, mientras las terminaban de unir. Un ingenio con ruedas, engranajes y brazos articulados de molino iba de un lado para otro, como si fuese un insecto enorme, colocando barras de hierro con precisión, en tanto que grupos de trabajadores hormigueaban por las pasarelas elevadas, perforando las planchas de metal y uniéndolas con infinidad de tornillos y tuercas.

—¿Todavía sigues aquí metido? —Ambadelo abrió de pronto la portezuela y esperó, con gesto serio, a que Marchena saliese del faetón—. Que no se te olvide el sombrero. ¡Vamos, están a punto de llegar!

Hizo que le siguiera hasta un extremo del pretil, donde Fadrio les había reservado un sitio desde donde se dominaba las dos orillas del Suondo y, por supuesto, la entrada a Palacio. Marchena lo saludó, como era costumbre, haciendo una respetuosa venia, al tiempo que el amigo de Ambadelo —metro ochenta; más o menos la misma estatura que él; pelo castaño, con un espeso bigote en punta perfectamente engrasado— se tocó el ala de su sombrero y le devolvió el gesto de educación.

De pronto, un vocerío unánime se levantó por encima de ambas orillas. Ipso facto, los tres se inclinaron hacia adelante, tratando que las cabezas de los demás no les entorpeciesen la visión de la Gran Grieta.

Por la margen izquierda apareció, en toda su majestad, la aeronave de Lispetis. La población gritó de entusiasmo. Suspendiéndose con ostentación sobre el cauce del Suondo, la admirable barquilla hizo un balanceo por encima de la Central Hidroeléctrica antes de trasladarse hacia la ribera contraria. Marchena no parpadeaba. Provista de hélice propulsora, tendría unos veinte metros de proa a popa e iba atada de forma longitudinal a una inmensa bolsa de tafetán que mediría treinta o quizá cuarenta mil metros cúbicos. Una estrella amarilla y múltiples cordoncillos del mismo color adornaban el perímetro del globo aerostático. Algunos montantes sobresalían, sujetos por un esqueleto de alambres, y desplegaban al viento multitud de enseñas y divisas honoríficas. De nuevo, la extraña máquina volvió a oscilar, para consternación de todos los presentes, pero al momento recuperó el equilibrio y se dispuso, con mucho cuidado, a perder altura.

Marchena seguía sin parpadear, fijándose que aprovechaba la dirección del viento, maniobrando con el empuje de sus múltiples aspas. Casi no hacía ruido. Aunque, con tanta algarabía, era muy difícil de apreciar. Haciendo un cálculo, debía de ser un motor bastante rudimentario el que la impulsaba. Pero, a medida que la aeronave se acercaba con lentitud al Pontineo, se fueron delimitando los detalles.

De los costados, colgaban diversas banderolas con el color escarlata y dorado de Su Alteza Soberana y el anaranjado de la corte de Musadora. Dio una vuelta completa sobre las aguas, hasta posarse encima de una de las lujosas terrazas inferiores del Argafudere. Todos los habitantes de la metrópoli prorrumpieron en un estallido de admiración y apoyo hacia la familia imperial. Se ancló el gigantesco globo a los balaustres y, al momento, empezaron a bajar sus distinguidos viajeros por las escalerillas situadas a babor.

—¿La has visto ya? —Ambadelo preguntó con agitación a Fadrio, buscando con la mirada a Sefrina.

Primero descendió uno de los oficiales y después varios soldados que se unieron a los que esperaban en la terraza del Argafudere. A continuación lo hicieron la princesa Mazia, la propia Sefrina y las dos hermanas de ésta, Anvelina y Dolonata, seguidas por el conde de Mielverí y el capitán de la aeronave. Como un volcán en erupción, la ciudad tapó con sus gritos las campanadas de la Escolanía, que daban la bienvenida a la heredera de la Corona. Un estampido dio inicio a la gran traca preparada para la ocasión, con abundancia de petardos, silbidos de cohetes y fuegos artificiales.

Ante aquella inusitada explosión de ruido, Marchena trató de taparse los oídos y ponerse de puntillas, ya que no podía distinguir con comodidad lo que estaba ocurriendo: un individuo con algo parecido a un canotier con una copa tremenda se había ido metiendo en su línea visual y ahora ocupaba casi todo el pretil. Enfadado por la desfachatez de aquel hombre, Ambadelo, ni corto ni perezoso, le dio disimuladamente con el brazo sano tal revés en la punta del singular sombrero que hizo que el intruso se apartara de repente, en busca del canotier entre los arbustos donde había caído.

Distraído con este incidente, cuando Marchena se quiso dar cuenta, la princesa Mazia ya se estaba metiendo dentro de una berlina y, como mejor pudo, empezó a acomodar a su alrededor los pliegues de la espléndida falda. Seguidamente, subieron sus tres ilustres acompañantes, las cuales se sentaron frente a ella, haciendo que el peso desproporcionado produjera un movimiento de imprevisto vaivén en el vehículo.

El Conde tuvo que montarse en el siguiente carruaje, ya que en el primero no cabía un alfiler. Una vez plegados los escalones del estribo, el cochero pareció recibir la orden de dirigirse, presto, al palacio Argafudere, porque el mozo que sostenía las bridas de los galopantes se echó hacia un lado, hizo con los brazos un movimiento apenas perceptible y permitió que la berlina se deslizase por una de las salidas de la terraza.

—¿Te has fijado qué guapa es?

—Ambadelo, ¿cómo quieres que hayamos visto nada si apenas se puede asomar la cabeza? —dijo Fadrio, ajustándose los guantes de un tirón.

—¿Tú tampoco te has dado cuenta? —Ambadelo se dirigió entonces a Marchena.

El ingeniero le miró, en el momento que la mayoría del público se alejaba calle arriba, entre los cuchicheos que había generado la llegada del dirigible.

—Fadrio tiene razón. Pero no te preocupaste —le hizo un gesto con los hombros—, esta noche podremos comprobarlo.

—¡Oh, no! —se quejó Ambadelo.

—¿Qué? —Marchena se le quedó observando.

—Se dice “no te preocupes”, “no te preocupes”. Te lo he explicado hace un rato. Y tampoco es correcto “podremos”. ¡Cuándo te enterarás de las cosas! ¡“Podremos”, san Tiago, “podremos”!

Ante el tono seco de aquellas recriminaciones, Marchena estuvo a punto de exclamar: “¡Yo no soy un *santo*, Ambadelo! ¡Mi nombre es Santiago! ¡Y se pronuncia *todo seguido*!” Pero conociendo lo complicado que sería explicarle su significado, obvió el repentino arranque de malhumor de su amigo y le siguió hacia donde les esperaba el faetón.

El público seguía subiendo calle arriba, comentando y acompañando con gestos qué les había parecido la llegada rutilante de Su Alteza Soberana. No habrían caminado cincuenta metros, cuando Fadrio se dio la vuelta y, con un brazo, señaló la inesperada silueta que se abalanzaba por encima de las torres de la casa Anadri, directa al borde del acantilado.

—¡Mira, Ambadelo, es tu tío! ¡Es sea Bugala! ¡Va en ese cacharro con Matoné hijo!

Desde luego, no podía ser otro. Nadie que no fuera el duque de Mastaserrada tendría suficiente valor para lanzarse con un artefacto semejante al abismo.

Marchena movió un poco la cabeza. Aquel aparato parecía una persiana veneciana. No menos de quince alas formaban la parte principal. Una hélice de dos aspas por delante y un rudimentario timón de tela por detrás camuflaban el triciclo sobre el que dos figuras iban montadas y regalaban saludos por cada lado de la carlinga a quien se volviera hacia ellas.

El “cacharro” del Duque, como lo había calificado de modo despectivo Fadrio, tardó menos de un minuto en sobrevolar la Gran Grieta y desencajarse, con un repentino golpe de aire, más allá de la Central Hidroeléctrica, cerca de la vieja máquina abastecedora de agua. Ante el asombro general, sea Bugala y su acompañante cayeron sobre la rocosa pendiente y, tras una serie de volteretas y trompazos que terminaron de desmenuzar la aeronave del todo, se dieron de bruces contra el río con una zambullida espectacular.

—Siempre hace lo mismo. Es incorregible —dijo Ambadelo, levantando desdeñosamente las cejas—. Seguro que había preparado todo para que lo vieran el Conde y su séquito. Y fijaos, encima de llegar tarde, ha hecho el más espantoso de los ridículos.

—Pues yo creo que tiene su mérito —respondió Marchena, tratando de rebajar el enfado del sobrino del Duque—. Algo le ha debido fallar. En caso contrario, habría dejado a todos boquiabiertos.

—Y bien que lo ha hecho —añadió Ambadelo con mordacidad. No hizo más comentarios. Sumamente enfadado, se montó con apresuramiento en el faetón y, cuando estuvo dentro, les chilló—: ¡Venís o no! ¡Que no tenemos todo el día!

Fadrio, que no quería verse en medio cuando su amigo se encolerizaba, se disculpó diciendo:

—No, muchas gracias. Regreso paseando. Si te parece, nos vemos en el baile.

Ambadelo se quedó mirando a Fadrio y luego se volvió hacia Marchena.

—¿Y tú, san Tiago, también prefieres volver a pie?

El ingeniero dudó unos segundos, antes de despedirse:

—Sí. Voy a ver lo que le ha ocurrido a tu tío.

—Muy bien, como prefieras. Aunque no creo que le haya pasado nada. Matoné y él tienen la cabeza muy dura... ¡Al Oriental! —Ambadelo cerró la portezuela con un golpe recio, tras ordenar al cochero que arrancase.

Con un crujido de las ruedas, el faetón se puso en movimiento y se perdió con velocidad por una de las bocacalles que salía en ángulo recto.

—¿Te vas a acercar al otro lado? —preguntó entonces Fadrio, en cuanto se quedaron solos, dando un paso hacia Marchena.

El ingeniero, volviéndose hacia la torre del Ayuntamiento, se demoró unos instantes en responder.

Diablos... le costaba tanto descifrar la hora en aquellos extraños relojes.

—Creo que sí —dijo por fin—. Aún falta bastante para la comida.

—Pues, si no te importa, te acompaño.

Los dos tomaron la misma dirección que Ambadelo. No obstante, al entrar en la estrecha bocacalle por donde había desaparecido el faetón, cambiaron de rumbo y siguieron por la cuesta que, atravesando una arcada bastante alta y adornada con farolillos y guirnaldas —como en el Casco Viejo—, subía en perpendicular.

—Bueno, te habrá extrañado el repentino mal humor de nuestro amigo —Fadrio rompió el silencio, con una observación que parecía no decir nada.

—Realmente, no —Marchena contestó en tono igualmente desinteresado, tratando de escabullirse del veneno de la observación; no le gustaba hablar mal de nadie que no estuviera presente—. Está tan enamorado...

—¿Enamorado? ¿Tú crees? —Fadrio sonrió, mientras caminaba ahora por el centro de la empinada cuesta, evitando los rieles que la flanqueaban—. Mira, hay personas que, cuando no consiguen lo que quieren, se ponen hechos una fiera.

—Bah, no creo que sea para tanto.

—Es posible que tengas razón —Fadrio volvió a sonreír—. Pero yo llevo años al lado suyo. Lo he visto comportarse en muchas oportunidades del mismo modo, san Tiago. Siempre que no puede alcanzar algo, del tipo que sea, Ambadelo pierde los estribos y tiene arranques como el que has visto hace un momento —remarcó esto último de manera especial, atusándose el bigote y haciendo un gesto de asentimiento.

Marchena no dijo nada más, pues sabía que Fadrio, cuando le interesaba, era un argumentador nato. Hábil y disimulado, buscaba en todas las ocasiones que podía que su opinión prevaleciese. Aunque siempre dentro de la compostura. Para él, los modales eran lo primero. Por nada del mundo se debían de perder los modales. Cuando surgía una polémica y sospechaba que se podían producir acaloramientos, prefería moverse hacia un terreno diferente y asentir mientras sonreía. Uno podría prometer cualquier cosa con tal de que no se le borrara de la cara esa sonrisa.

De improviso, oyeron un sonido estruendoso por detrás que les hizo subir a la acera con rapidez. Una cabeza de galopante metálica pasó a escasos centímetros de ellos. El operario de la cabina, accionando diversas palancas con una mano y tocando la campanilla con la otra, hizo que la pequeña locomotora subiera la cuesta a base de bruscos empujones.

—¡Vaya ruido! —exclamó Marchena, apretujándose al lado de Fadrio contra la pared.

Las ruedas chirriaron sobre los rieles, al tiempo que los viajeros que ocupaban el único vagón se sujetaban con fuerza a los agarradores de los lados, sin dejar de dar cabezazos hacia atrás y hacia adelante con el violento cambio de marchas. Al terminar la pendiente, la máquina tuvo que girar con la “misma suavidad” y perderse por una de las costanillas que conducían directamente al Pontineo.

Qué curiosa forma de idear un vehículo. Marchena dejó de mirar al tranvía y siguió a Fadrio por el centro de la cuesta. No dejaba de sorprenderle la enorme fantasía con que todo Klinkklangámerun se aplicaba en el más ínfimo de los detalles. La ornamentación de los faroles de gas, el artesonado de cualquier techo, los lavabos decorados con gran profusión de flores, los escaparates tan surtidos y atrayentes de los comercios... Al preguntarle, Fadrio le explicó:

—Los primeros tranvías, según recuerdo, eran de vapor. Pero las caballerías se espantaban de tal forma ante los resoplidos de aquellos armatostes que, cada vez que aparecía uno, los carruajes se disparaban en cualquier dirección. Un caos. Un completo caos, san Tiago. Hasta que Matoné padre, con el apoyo económico de sea Bugala, dio con la solución y construyó uno con forma de galopante. Éstos, los actuales —según me contó el propio Duque—, se encienden mediante gas, de forma que no arrojan los vapores que aterrorizan a los animales.

—¿Has dicho Matoné padre? —preguntó Marchena.

—Sí. Antes de que lo ayudara el hijo, era el colaborador habitual del tío de Ambadelo —Fadrio tuvo que aflojar el paso al ver las dificultades de Marchena por seguirle; en el último tramo, la pendiente era más empinada aún—. Pero se mató en uno de sus experimentos con pólvora. Fue algo muy comentado.

Llegaron finalmente al altozano que dominaba la escolanía del monasterio de Donánvola. Al rodear la parte de atrás, la parte menos cuidada y vistosa de la emblemática edificación, un fuerte aroma a horno hizo que los dos se acercaran a la puerta entreabierta. Las cocinas estaban a pleno funcionamiento. Aguardaron unos segundos, sobre todo para que Marchena se recuperase del esfuerzo de la pendiente. Cuando los monjes notaron su presencia, uno de ellos ordenó al novicio que en ese momento le ayudaba con una cesta que les hiciese entrar en la Escolanía.

Con mucho gusto, Fadrio y Marchena pasaron dentro. El novicio cortó la leña de la cesta. Mientras el religioso —un hombre bajito y regordete, medio calvo y con la nariz y las mejillas muy coloradas— metía los trozos en el hornillo y soplaba con fuerza hasta que se encendieron, abanicando el fuego hasta que los ladrillos de carbón volvieron a llamear, puso en una superficie almendras, algo que parecía vainilla y un poco de azúcar, empezando a revolverlo todo hasta que estuvo bien mezclado.

—¿Y luego hay que esperar a que se meta en la lumbre? —dijo el ingeniero, con interés.

Según añadía una a una las yemas necesarias para que la masa se espesase, el monje respondió con simpatía a Marchena:

—Oh, no. Ni mucho menos. Una vez conseguida la pasta se forma con ella una bola que se coloca sobre el polvo de azúcar y se aplana con el rollo pastelero —en ese instante, como si le sirviera de ejemplo, cogió uno—. No debe de quedar muy gruesa, porque si no parece un mazacote. Dándole forma de barra, se pasa a un recipiente plano y se cubre con un papel de su mismo tamaño. Así, ¿veis? Después, se repite la operación por el otro lado y se le coloca un peso encima, dejándola secar a temperatura ambiente durante seis o siete días. Transcurrido este tiempo, se retira el peso, se quita el papel y..., ¡ajajá!, se presenta en una bandeja, quedando lista para servir.

Dicho aquello, el monje sacó de una de las alacenas una fuente con una tableta entera, de la cual partió dos trozos.

—Por favor, probad.

A Marchena se le hizo la boca agua, ya que no había desayunado.

Cuando se quisieron dar cuenta, había pasado cerca de una hora, durante la cual llenaron sus estómagos no sólo con aquella tableta si no con otra más que el monje les volvió a ofrecer. Había sido un banquete inesperado. El novicio que le ayudaba, sin dejar de amasar en ningún instante, observaba cómo Ambadelo y Marchena se despedían de él dándole las gracias repetidas veces.

—No hay que agradecer nada. Ésta es vuestra casa. Venid cuando queráis —dijo el religioso, levantando y agitando su rolliza mano.

Marchena y Fadrio abandonaron la Escolanía con una sonrisa en los labios, mientras comentaban qué bueno estaba el dulce que les acababan de dar. En ese momento, un carretón lleno de muebles comenzaba a subir la cuesta. Caminando más deprisa para que no les adelantara, alcanzaron el ensanche que daba entrada al Pontineo y dejaron paso a un tranvía y después a un convoy abarrotado de trabajadores que regresaba en dirección contraria.

Ah, qué bien sentaba aquella brisa. Marchena respiró con fuerza, disfrutando de la suave ráfaga de aire que procedía del Suondo, con el recuerdo aún en la cabeza del amable comportamiento del monje. En mitad del viaducto, se encontraron con otro carromato cargado hasta los topes, en donde venían los “aeronautas” y los restos que habían logrado recuperar del “aeroplano”. Sea Bugala, sonriendo entre los cachivaches, les invitó a que subieran, a la vez que le presentaba a Marchena, muy ufano:

—Éste es Matoné, san Tiago. Mi valiente compañero de aventuras.

No tendría más de quince o dieciséis años el muchacho, quien le saludó con un excitado mohín, retirándose el flequillo moreno de sus espesas cejas y estrechándose, un tanto apocado, contra el Duque para hacerles sitio —lo que no resultó nada fácil, ya que el asiento era muy estrecho y sea Bugala superaba el metro noventa de estatura, aunque no debía de pesar más de ochenta, ochenta y cinco kilos—. Matoné hijo lucía un rasguño cerca de la ceja derecha. Seguro que el aterrizaje forzoso había tenido algo que ver en ello.

Entonces, alguien soltó por detrás una exclamación, de muy malas maneras. Varios vehículos se agolpaban en una ruidosa fila a lo largo del viaducto, quejándose de que no avanzaran. El criado que llevaba la dirección del carromato de sea Bugala hizo que los galopantes volvieran a ponerse en marcha y desatascaran el embotellamiento que, sin querer, habían formado.